

EL RECUADRO

El infausto año 2020 que ahora cerramos, comenzó en el terreno económico con signos inquietantes y suaves caídas en todos los indicadores que suponían la constatación de una tendencia de desaceleración que, si bien arrancaba meses antes, comenzó a agravarse ahora hace un año, a finales de 2019.

El estallido de la crisis sanitaria provocada por la pandemia del coronavirus, hace diez meses, cambió rápida y bruscamente esa suave ralentización por una recesión que finalmente superará con creces a la de 2008, situando todos los indicadores económicos y sociales en cifras que no se recordaban desde hace décadas. Así, 2021 muestra un escenario económico nacional más que preocupante e incierto.

España se enfrenta a 2021 desde una posición económica muy frágil, lastrada por una actuación ante la crisis marcada por medidas de extrema dureza que no han servido para mejorar los datos sanitarios respecto a los países de nuestro entorno y que, lamentablemente, han perjudicado la actividad económica poniendo trabas y retrasando la futura recuperación.

Es de esperar que la buena noticia del comienzo de la vacunación masiva permita reducir las incertidumbres y tranquilizar a los agentes económicos que se enfrentan a una situación económica dramática y a un clima social marcado por la cifra de 3,72 millones de parados de la EPA del pasado mes de septiembre que, previsiblemente, aumentarán en enero y por los 750.000 trabajadores afectados por ERTES cuyo futuro es incierto.

Junto a la vacunación, la llegada de los Fondos Europeos y, sobre todo, su correcta gestión y aplicación en proyectos realmente enfocados a mejorar la productividad y la competitividad y a generar empleo, podrá alejar la inseguridad generalizada que potencian continuamente nuevas y cambiantes restricciones que acorralan a una parte importante del tejido productivo, especialmente a las pequeñas y medianas empresas.

Las prioridades marcadas por la Comisión Europea para el uso de los fondos, centradas en proyectos destinados a la transformación ecológica y digital de la economía europea, deberían observarse estrictamente sin caer en los errores de la ideologización y la territorialización de unas inversiones que deben primar la eficacia, la productividad y la sostenibilidad.

Y ello, sin olvidar la rapidez, una condición que puede comprometer el acceso a esa financiación ya que los planes de inversión que no cumplan los estrictos plazos establecidos para su definición y ejecución se perderán.

En esta situación y de cumplirse todas las condiciones, la economía española podría recibir unos 140.000 millones de euros en subvenciones y créditos, aproximadamente un 11 por ciento del PIB que, sin medidas que vayan en contra de las incertidumbres que perjudican el ahorro, la inversión, la generación de proyectos, podrían ver minimizados sus efectos en la actividad y la creación de empleo.

La Comisión Europea ha pedido a España reformas estructurales, especialmente en lo que se refiere a un insostenible sistema de pensiones y a la simplificación de la contratación para reducir las ineficiencias de nuestro mercado laboral. Se trata de impulsar reformas reales y no contrarreformas en contra de la lógica económica, que se han demostrado siempre inútiles a corto, medio y largo plazo.

La ausencia de medidas estructurales, una vez que se consiga mitigar la pandemia, será el principal escollo para la recuperación de una economía española cuyo tejido productivo, por su parte, está mostrando una resistencia admirable.

En esa capacidad de resistencia y adaptación a las nuevas situaciones que las empresas españolas han demostrado en crisis previas –resiliencia es el vocablo de moda ahora para designarla– reside la mayor esperanza de revertir la situación e impulsar una recuperación rápida y sólida, por más que restañar las profundas cicatrices que esta crisis está dejando en nuestro tejido productivo y en el conjunto de la sociedad costará años de esfuerzo y sacrificios.